

naturaleza nos ofrece por doquier, en la batalla del mal con el bien, ejemplos faustos ó nefastos, los cuales, ya conturban, ya regocijan, el espíritu. Y entre tantos arbustos floridos, por los cármenes pintados, por las olorosas colinas, por las altas cumbres de donde fluyen copiosísimos manantiales, Zoraya, víctima de negros recuerdos y de trágicos presentimientos, veía tan sólo aquello que significa el combate ó la muerte; una rosa comida por las orugas en su propio tallo; un hormiguero aplastado por el viandante; un nido puesto en fuga por aviesos reptiles y arrebatado así al amor de su madre triste y plañidera; una tórtola sorprendida por el milano, que destrozaba en porciones palpitantes sus miembros, esparcía sus plumas y derramaba gotas de sangre por los aires llenos de alegría y de vida. No debemos, pues, extrañarnos de que la infeliz reina granadina recogiera sus pensamientos y sus recuerdos, como en examen interior, y mirara pasar por su conciencia los más siniestros espectáculos, así de lo porvenir como de lo pasado.

—¿Qué será de mí?—exclamaba en su angustia.
—Todas las grandezas, á que había fiado una compensación de mi perjurio, se desvanecen y pasan, parecidas á un sueño fatídico, anunciándome que acaso ya no me queda sino el castigo cercano de mi Dios, y la maldición inapelable con que condenan perdurablemente las edades todas, los grandes y protervos crímenes. Aquel amor, que un día se posesionó de mi corazón, sometiéndolo y cautivándolo,

ha pasado con la edad y con las tristezas de una vida probada por dolores continuos. Aquel reino, en cuyo gobierno yo me holgué por tanto tiempo, hase venido á tierra, encontrándonos ahora como desterrados, y aunque dentro de su propio seno, constreñidos á huir del mundo, y sin hallar el camino á la fuga, porque realmente lo buscado y lo querido es huir de nosotros mismos. Olvidé mi patria, conspuí mi estirpe, renegué de mi Dios, y ahora me veo con los remordimientos más horribles en el alma no acallada ni por el sueño, y en vísperas de caer bajo aquellos mismos á quienes he traicionado y vendido. ¡Ay! Yo debo llevar la imagen del heróico y caballeroso Illán aquí en mi retina, según la veo por todas partes persiguiéndome y amenazándome. Bien es cierto que, fiel caballero católico y castellano, en la devoción á su fe y á su patria, no descansa un punto; y desde que lo despedimos, aparece por todos los encuentros de moros y cristianos, cada vez más heróico. Y aunque la heroicidad sea como su natural complexión y como su alma esencialísima, no se obran sólo estas maravillas al agujón de la fe religiosa y del amor á la patria: otros móviles quizá más extraordinarios le impulsan. Y este móvil primero ¡ay! debe ser aquel afán de venganzas y desquites, mostrado en su postrera entrevista conmigo, y que parecen facilitarle, según la pujanza de Castilla y la decadencia de Granada, todos los acontecimientos. No acierto á columbrar lo que pueda sucederme, cuando la religión de

mi niñez y la gente de mi sangre pongan la cruz en los rojos torreones de la infiel Alhambra. ¿Dónde me ocultaré yo ese día? Paréceme ver ya el héroe castellano, el amante Illán; la espada en su diestra; el casco resplandeciendo en su frente; alzada la visera de oro; vestido con las mallas de acero; el peto argénteo fulgurando chispas; los ojos fuera casi de las órbitas, á fuerza de mirar; encontrándome cara á cara, en los palacios recién conquistados; y al centelleo siniestro de recuerdos que han constituido su martirio; clavándome hasta la empuñadura en el corazón su puñal forjado contra corazones infieles en la tierra de mis padres. A tal pensamiento desvarió en términos que apelaría, si Dios no me tuviera de su mano, á la muerte. Imposible resistir al recelo de un fin semejante, y quizá merecido; pero mis hijos me retienen aquí en el mundo y me obligan á porfiar hasta darles fortuna y poderío en consonancia con su nombre y con su estirpe. Me lo confieso á mí misma yo, aunque no pueda, como en otro tiempo más feliz, decírselo á confesor ninguno, aguardando con calma de su absolución ó de su consejo alivios á la conciencia y conjuras del remordimiento: desde que mis hijos crecieron, héme sentido ambiciosa con toda suerte de ambiciones, y he deseado arrancar al conturbado reino de su padre un fragmento, siquier mezquino, donde tallarles con tablas de naufragio las gradas de un trono. Sí, sí; los últimos esfuerzos de mi vida se consagrarán á esta obra.

Mientras discurría Zoraya de tal suerte, advertíanse, allá en el horizonte lejano, varios objetos movibles, que no podían verse y clasificarse con verdadera claridad, pues unas veces se asemejaban á bandadas de aves, y otras veces á tribus de cuadrúpedos, cuando, en realidad, eran jinetes, expedidos al palacio de Hacem, para notificarle todas las terribles nuevas llegadas, y moverle á idear y hacer algo por el remedio á tantos males. Bien pronto distinguió Zoraya que aquellos movibles objetos, acercándose á más correr, no eran, sino los portadores de noticias, y el corazón se le cerró aún más de lo que antes estuviera, y los afectos encontrados de su ánimo se le recrudecieron á una con terrible recrudecimiento. Bien había por qué; pues cada nuevo año y cada nuevo suceso le acercaban el momento, por ella tan temido, y en realidad tan temible, de un verdadero encuentro con Illán, reconviniéndola como la personificación del remordimiento, por el atroz perjurio, é infligiéndole terrible pero justo castigo. Un pelotón en armas, enviado por Venegas en persona y expedido á las Alpujarras desde las costas malagueñas por el Zagal, iba en requerimiento de Hacem, y desmontaba bien pronto, devorando el espacio á fuerza de cabalgar, en la puerta de su quinta. No hay palabras con qué describir la inquietud horrible de Zoraya, mientras Venegas dirigía sus pasos al aposento de Hacem y le confiaba los sucesos ocurridos. Conocedora la Sultana, por su experien-

cia propia, de lo mucho que le dolía en su interior al Sultán, desde las voluntariedades múltiples de Aixá, toda inmixción femenil en los negocios públicos, abstúvose de acudir á la entrevista con Venegas, y dominó su impaciencia. Mas no tuvo para qué usar los resortes de su voluntad mucho tiempo, á causa de que la puerta del camarín se abrió, apareciendo el rey en compañía de su vizir ó ministro. Ya muy entrado en edad Hacem, conservó hasta el instante supremo de que vamos hablando, toda la prestancia y toda la fuerza de su florida juventud. Ni las canas de su barba, ni los surcos de su rostro, ni las arrugas puestas por el cuidado continuo en su entrecejo, dañaban á la robustez de aquel cuerpo y á la frescura de aquel cutis verdaderamente bellos y jóvenes. Pero al abrirse la puerta y aparecer á la vista de Zoraya, no lo hubiese conocido ésta, según lo demudado que iba. El rayo mata, y se concibe la muerte instantánea; mas no se concibe que una simple noticia sea como un rayo asesino, y haga envejecer á un hombre, como si lo trasmutaran de súbito en dos minutos. Lo cierto es que temblaba todo Hacem, como las ramas de un árbol sacudidas por los vientos; y había menester de apoyarse, como un ciego en las paredes, para no rendirse al peso de un dolor y no caerse derribado sobre los pavimentos. Los ojos se le habían ahondado en términos, que fosforescían allá lejos como los fuegos fatuos en las honduras de los sepulcros; los labios se le habían con-

traído en términos de parecerse á los labios de un difunto, en lo fríos ó en lo rígidos, cual si llevaran ya en su color amoratado los vapores amarillos y blancuzcos del postrimer aliento; ni sus pulmones podían respirar, por lo que la palabra se le anudaba en la garganta y el ahogo le venía de suyo al pecho, con anhelos horribles de agonía y de muerte. Zoraya le vió con horror en aquel estado, y lanzó un grito de verdadera desesperación, pues en la estancia de su marido le dejara poco antes joven, y ahora le veía cadáver. Así, arrojóse á sus piés y le abrazó con efusión las rodillas, conjurándole á ofrecer más coraje al infortunio; cualquiera que fuese, pues nada sabía ella de lo que pasaba, y pidiéndole conformidad mayor con el hado, por ella y por sus hijos. Hacem, después que los partidarios de Boabdil sobrepuestos á su autoridad le despidieran tras el célebre torneo católico de Granada, no se había dado punto de reposo en combatir con verdadero coraje á favor de su religión y de su gente. Los campos de Algeciras, las cercanías de Gibraltar, los dominios de tanto duque guerrero como pululaban en la reconquista de Andalucía, viéronle mil veces pasar, en guisa de nube tempestuosa que asesta pedriscos y centellas. Luego, una vez ganado el triunfo increíble de Málaga y soterrada una parte de la nobleza bética en los campos luctuosos de la terrible Ajarquia, retiróse Hacem al sitio labrado en las Alpujarras, dando expresa orden, según añeja costumbre de los déspotas asiáticos,

para que no le pasaran recado alguno y no le dijieran ninguna nueva, deseoso de consagrarse á las oraciones de su devoción y á los afectos de su hogar. Así pasó la salida nefasta de Boabdil, y la llegada terrible á Loja, y el caso ante tal ciudad ocurrido, y el cautiverio regio, y la muerte de Aliatar, y la ida del rey católico y del rey moro á Córdoba, sin que Hacem supiera una palabra; pues, cercado allí en las breñas, y manteniendo una comunicación estrecha con las cercanías, como la que mantienen los fugitivos y aislados de una peste, ni su hermano el Zagal desde Málaga, ni desde Granada su mujer Aixá intentaron decirle cosa ninguna sobre cuanto pasaba en su triste y castigado imperio. Pero acababa de llegar lo más terrible para los musulimes, el convenio pactado por Boabdil con los Reyes Católicos, y era preciso notificarlo al valeroso Hacem. Ocurría, pues, á esta necesidad la presencia de Venegas, mandado por el Zagal á las Alpujarras, y el sacudimiento producido por tal noticia en el ánimo de Hacem, lo acababa de maltratar y herir como habeis visto.

—Murió Granada,—exclamó el viejo rey con acento ronco y profundo, cual maullido feroz de un tigre por los cazadores acosado.

Al oír Zoraya tal frase, acordóse de sus hijos, como se podría en cualquier naufragio acordarse una madre amante de los suyos, y se levantó del suelo á buscarlos indeliberadamente y sin conciencia de lo que hacía. Mas una de las súbitas revela-

ciones, que culebrean por los nervios de las mujeres, las cuales tienen facultad misteriosa y hasta profética en su inspiración, detúvola de súbito, constriéndola con imperio á inquirir del esposo con premura la causa de su dolor.

—Boabdil cautivo,—dijo éste, contestando á las preguntas de Zoraya.

—¡Cautivo!—exclamó la reina con asombro, serenándose un tanto, pues tras tal cautiverio columbró lucros, ya que no coronas, para sus hijos.

—Más le quisiera muerto, que no deshonrado como está indudablemente á los ojos de todos los musulimes.

—Pero, ¿quién, quién le ha cautivado?—preguntó Zoraya.—¿Su madre Aixá, usurpadora como siempre? ¿Su tío el Zagal, cuya grande Alcazaba malagueña se levanta sobre los alcázares granadinos? ¿Sus whaltes de Almería y de Guadix á la continua insumisos?

—Le han cautivado los cristianos,—dijo Hacem,—los perros cristianos, olvidando el origen y el nombre de sus dos interlocutores, Venegas y Zoraya.

—En este momento,—añadió el vizir,—quizá cabalga camino de su ciudad y de su reino, en compañía del caballero Illán, á quien le han fiado su guarda y su custodia.

Cuando Zoraya oyó el nombre de su amante, sintióse como presa de un vértigo, y tuvo que agarrarse á la primer cortina cercana para no caerse

derribada por la emoción sobre los mármoles del pavimento.

—¡Oh!—dijo Hacem,—¿por qué no me has traído, Venegas, la noticia de su muerte?

—Porque tu hermano me impuso la obligación de comunicarte la verdad, y te la comunico.

—¡Cuán despiadado fué conmigo Alah, no arrebatándome la vida cruel que llevo, antes de llegar á este día nefasto!

—Pero veo,—dijo Zoraya,—que mientras tú, Hacem, hablas del cautiverio de Boabdil; tú, Venegas, hablas del regreso de Boabdil á Granada.

—Déjame sentarme,—dijo Hacem,—y nos contará Venegas todo aquello que yo he confusamente oído, y que ha penetrado, á guisa de sutil veneno, difuso en los aires, por todas las fibras de mi viejo cuerpo.

Los tres interlocutores se sentaron, cada cual en asiento conforme con su rango; y Venegas habló de esta manera.

—Cautivo por su temeridad Boabdil, corrió, en cuanto supo su cautiverio Fernando el taimado, en pos de su busca y de su vista. Como siempre que de tal rey se trata, vióse la benevolencia en todo lo aparatoso y externo, lo cruel en todo lo real y verdadero. No quiso humillarlo en ceremonias vejatorias, por lo mismo que iba redomadamente á desceñirlo de su autoridad soberana. Un gran consejo de magnates y potentados se reunió; y allí, so color de oír á los demás, cumplió su propio propósito y

su voluntad reflexiva. D. Alonso de Cárdenas proponía el cautiverio indefinido, mientras D. Rodrigo Ponce de León la inmediata libertad. Hallábase allí el heróico Illán laureado por su resistencia en Málaga, por su audacia en Lucena; y como, divididos los pareceres, equilibrábanse con sus contrarias fuerzas, puso en sus manos la suprema resolución Fernando. É Illán, conoedor, á causa de su cautiverio y de la parte que tomara en las rebeliones granadinas, del precario estado nuestro, aconsejó la suelta del príncipe, después de haberle arrancado un pacto, so color de amistad, que fuese la ruina y la deshonor de Granada.

Mientras Venegas refería estas cosas y modulaba estos nombres, asíase á su diván Zoraya, como si le faltase tierra bajo su cuerpo, y buscaba con la vista en los alamíes cercanos sus áureos pomos, llenos de orientales esencias, para conservar vida y sentido que se le iban por minutos.

Boabdil—continuó Venegas,—decidió aceptar todo cuanto le propusieron, instigado por su ambiciosa madre; y lo primero que hizo, fué declararse vasallo de Castilla.

—¡Oh! No lo repitas,—exclamó Hacem agarrando por el brazo al vizir, y sacudiéndolo como si fuera el verdadero culpado.—No vuelvas á repetirlo, porque desearía no saberlo, y que me tragaran los abismos, y que ardiera por toda una eternidad en los infiernos, pues no había de padecer tanto como padeczo en este horroso minuto. ¡Boabdil, Boabdil!

¡Malditos sus progenitores, aunque sean los propios míos; maldita la hora funesta en que ví á su madre; maldita la noche aciaga en que lo engendré; maldito el día en que vino á la tierra; maldita la sangre de sus venas; malditas las generaciones que legue á los futuros tiempos! ¿Dónde se halla el enviado Azrael, que no trae su aliento de guerra y exterminio, desde los abismos cerúleos, para consumir á Granada, aniquilándola de súbito é impidiendo el que la vea yo vendida por sus propios reyes?

—Y los cautivos cristianos,— continuó Venegas,— serán entregados á los Reyes Católicos; y tributos, muy superiores á los que Hacem negara siempre, se le pagarán nuevamente; y podrá requerir, cuando quiera, servicios militares; y podrá tener Granada en feudo.

Hacem, no resistiendo más tiempo á tal relato, se quedó como muerto; y mientras Zoraya se volvía por todas partes en demanda de socorro, cual si fuera víctima de naufragios ó incendios, Venegas, mirándola de hito en hito, le decía:

—Illán se vengará de nosotros con horrorosas y perdurables venganzas.

CAPÍTULO XXII.

—Parece un cadáver,—decía Zoraya, dirigiéndose á Venegas, el cual preparaba órdenes y rescriptos, que presentar al Sultán Hacem, cuando recobrase la posesión de sí mismo, impidiendo el cumplimiento de pactos, tan traidoramente convenidos por el triste y desdichado Boabdil.

—No te maravilles, Zoraya, de cuanto pasa por Hacem. Los muchos desengaños, recibidos hace tiempo de su familia, no impiden que la sangre de Boabdil sea su propia sangre, y se desespere al verla deshonrada. Su hijo muestra cualidades contradictorias: ambición en la ociosidad, valor en el harén, deseo de reinar sin reino, aspiraciones á dirigir la raza musulímica en toda Granada, cuando cetro y alfanje se le caen á una de las manos, bajeza delante de sus eternos enemigos y altivez delante de su padre, perseverancia pero solo en la debilidad, y salidas bruscas de un capricho arbitrario,